

Memorias de un Personaje Discutido: Juan Domingo Perón

Así fue el Golpe de Estado de 1943

- ★ "Quise ser Médico, Como mi Padre, Pero me Hice Militar"
- ★ Viaje a Italia y Admiración por Mussolini al Entrevistarlo
- ★ "Renuncie a la Presidencia, o lo Tiramos por la Ventana"

Durante su exilio en Madrid, el ex Presidente de la República Argentina, Juan Domingo Perón, juzgó útil para la historia de su país y para la formación de su propia biografía, reagrupar sus recuerdos personales y sus juicios políticos. Y el general grabó multitud de cintas magnetofónicas, cuya custodia fue encomendada a una dama de la intimidad de la familia Perón.

Sobre esas grabaciones ha sido publicado en España el libro "Yo, Juan Domingo Perón". Sus autores son Torcuato Luca de Tena, Luis Caivo y Esteban Peicovich.

La agencia EFE consiguió la exclusiva para América de la condensación de las memorias de Perón, cuya publicación iniciamos.

En el resumen de la obra "Yo, Juan Domingo Perón", hemos procurado que sea siempre el general el que hable en primera persona, utilizando tan solo aquellos pasajes del libro narrados en forma de recuerdos o memorias.

Mi tatarabuelo era médico; médico sardo. El apellido Perón existe en España, en Italia y en Francia acaso porque Cerdeña, de donde procedía, estuvo ocupada a lo largo de la historia por estas tres potencias... Si mi apellido fuera de origen italiano nos llamaríamos Peroni. De modo que acaso soy descendiente de españoles afincados en Cerdeña...

Uno de los muchos sardos disidentes de la isla fue mi bisabuelo, el hijo del médico, quien emigró a Buenos Aires en 1860. Un hijo suyo (mi abuelo paterno, por tanto), fue uno de los médicos más famosos de Buenos Aires. Y obligó a mi padre —que se llamaba Mario Tomás— a que estudiara también medicina, pese a que no le gustaba. Dejó la carrera y se fue al campo. Lo que le gustaba era la botánica...

El primer regalo que me hizo mi padre fue un rifle el 22, cuando tenía siete u ocho años. Y hasta que tuve nueve viví con los indios en la hacienda de Patagonia y cazaba guanacos con ellos. Una vez se me congelaron los dedos de los pies. Las uñas de mis dedos se cayeron, pero Dios sabe lo que hace. Crecieron de nuevo, todavía mejor que antes.

Mi madre era una amazona muy destacada; corría a caballo como nosotros, exactamente igual. Y a caballo salía a cazar conmigo y con mi padre. Era muy hacendosa. Como todas las madres argentinas, vivió para la casa. Atendía a la mesa y a la educación. Ella, en este aspecto nos educó muy bien. Nunca tuvo aficiones por la ciudad. Prefirió siempre vivir en el campo... La viejita era muy gaucha.

Yo estudié en el Colegio Internacional Politécnico de Buenos Aires; un famoso colegio que había en Olivos, donde iban hijos de gente rica. Como había oído hablar de médicos y de medicina desde que nací, yo tenía cierta inclinación para estudiarla. Y hubiera sido un buen médico, pues me gusta. Como mi padre se pasaba la vida en la estancia de Patagonia, yo vivía solo en una pensión donde convivía con varios amigos y compañeros de colegio. Decidieron hacerse militares y me convencieron. Me fui al Colegio Militar, hice mi examen y entré allí sin ninguna dificultad porque estaba muy bien preparado. Se lo comuniqué a mi padre, quien aceptó mi decisión. Tenía, entonces, 15 años de edad.

En el Colegio Militar las voces de mando eran de estilo alemán, así como los reglamentos y el manejo de armas. Los profesores alemanes llegaban a nuestro país sabiendo muy poco castellano y nosotros les íbamos corrigiendo continuamente. Eran jóvenes, casi unos muchachos, pero impregnados del estilo militar prusiano. Les gastábamos algunas bromas, y así ocurría que les engañábamos al traducir algunas palabras, para reír un rato. Me acuerdo que había un coronel que preguntó: "¿Cómo se dice esto en español?", y tenía delante un plato de huevos fritos. Entonces los alumnos le gastaron una broma: "Eso se llama testículos." El alemán pidió un día al mozo de nuestro comedor: "Traigame dos testículos al plato." La car-



GENERAL PEDRO P. RAMÍREZ, Presidente de Argentina en 1943.

cajada fue general e inabarcable. Era gente que no se molestaba nunca.

PRIMER MATRIMONIO Y VIAJE A EUROPA

En 1913, cumplidos los 18 años, Juan Domingo Perón se graduó de subteniente de Infantería. En 1926, conocí a una maestra de escuela, inteligente y agraciada. Llamada Aurelia Tizon, con la que se casó. Falleció en 1938, tras 12 años de matrimonio.

Durante este tiempo, Perón fue profesor de Historia Militar, agregado en Santiago de Chile, y siguió unos cursos en la Escuela Militar de Berlín.

A mediados de 1939, el general Márquez, ministro de la Guerra, le envió a Europa como agregado militar, aunque su trabajo verdadero iba a ser estudiar la situación ante la Segunda Guerra Mundial. Le encargó, fundamentalmente, estudiar el ejército italiano, visitar Alemania, y hablar con los amigos que tuviera en las Fuerzas Armadas —sus antiguos profesores— para regresar cuando hubiera formado opinión y realizar un informe exhaustivo.

Perón se entrevistó con Mussolini, se entrenó con las tropas alpinas en Italia, y entró en París con los alemanes victoriosos en 1940.

Sobre la situación nazi y sus personajes se manifestó así:

No me hubiera perdonado

nunca el llegar a viejo, el haber estado en Italia y el no haber conocido a un hombre tan grande como Mussolini. Me hizo la impresión de un coloso cuando me recibió en el Palacio de Venecia. No puede decirse que fuera yo en aquella época un bisoño y que sintiera timidez ante los

grandes hombres. Yo había conocido a muchos. Además, mi italiano era tan perfecto como mi castellano. Entré directamente en su despacho donde estaba escribiendo; levantó la vista hacia mí con atención y vino a saludarme. Yo le dije que, conocedor de su gigantesca obra, no me hubiera ido contento a mi país sin haber estrechado su mano.

A Hitler le oí hablar únicamente, y Alemania me produjo la impresión de una nación monstruosa y excepcional en tanto que estado moderno.

Toda mi vida, y ya tengo 45 años de servicio, he marchado al paso prusiano, y cuando yo era presidente de la República las tropas desfilaban a ese paso, uno, dos, tres. Yo ya conocía la doctrina del nacionalsocialismo. Había leído muchos libros acerca de Hitler. Había leído Mein Kampf.

En tono aquel tiempo en que viví en Alemania tuve la sensación de una enorme maquinaria que funcionaba con maravillosa perfección y donde no faltaba ni un pequeño tornillo. La organización era algo formidable...

Estudié mucho el fenómeno social y político. Allí había un gran crisol donde se estaba fundiendo algo nuevo.

De Alemania volví a Italia y me dediqué a estudiar el asunto, los fundamentos del sistema, y así fue como descubrí algo que desde el punto de vista social fue para mí muy interesante. El fascismo italiano llevó a las organizaciones populares a una participación efectiva en la vida nacional, de la cual había estado siempre apartado el pueblo. La evolución nos conduciría a una fórmula en la cual el pueblo tuviera participación activa y no fuera un "convitado de piedra" de la comunidad.

Tal debería ser la política del futuro. Y esa democracia existe en el justicialismo, ya que el pueblo tiene en él una representación verdadera...

Imbuído de estas ideas y experiencias, Perón regresa a la Argentina (1911) cuando comienza a tambalearse por igual el sistema de partidos e instituciones tradicionales de la República. Predice la derrota de los nazis en la Guerra Mundial; asciende a coronel en 1942, y en 1943 un golpe militar le acerca a los aledaños del poder.

ASI FUE EL GOLPE DE ESTADO

(En 1943 se produce la Revolución en la Argentina. El gobierno constitucional del Presidente Castillo es derribado por un golpe de Estado militar que llevará al general Arturo Rawson a la Presidencia. Cuarenta y ocho horas después, Rawson es sustituido por su ministro de Guerra, Ramírez...)

Respecto a los orígenes de estos hechos, y sobre el Presidente Castillo, las palabras de Juan Domingo Perón son rotundas:

La Revolución fue consecuencia de una imposición que el gobierno del doctor Castillo quiso hacer al país, en las elecciones para elegir al hombre que había de sucederle. Su candidato era uno de los grandes terratenientes que existían en aquel entonces: Patrón Costas. Este gran explotador tenía un ingenio en San Martín de Tabacal, donde emitía moneda propia y tenía policía particular. Una forma de feudo...

La designación de Patrón Costas como candidato hizo reaccionar al pueblo, a la gente de pensamiento y a grandes sectores de la opinión pública. Ese fue el motivo de la revolución: el Ejército se puso en movimiento para evitar ese estado de cosas e impedir que el gobierno cayera en manos de los reaccionarios...

Desde hacía algún tiempo prosigue Perón -- estábamos planeándolo todo para una gran revolución. Contactamos con los oficiales, los compañeros, los jefes. "Quién se haga el loco lo tiramos por la ventana". Yo entonces era jefe de la Inspección de Tropas de Montaña. Mi superior inmediato era Farrell: el general Farrell. Pero él no sabía nada de la revolución.

El 3 de junio lo dejamos todo listo para el día siguiente. El 4 amaneció nublado. Nos fuimos al Círculo Militar y levantamos a Farrell de la cama. "Mi general -- le dijimos -- hay una revolución". "¿Qué revolución?", preguntó. "Nosotros estamos en la revolución", respondimos. "Me visto enseguida", contestó.

LA RESISTENCIA VENCIDA

Nosotros necesitábamos a un general y no queríamos que fuera Rawson. Ordenamos a la tropa de Campo de Mayo que marchara sobre la capital porque teníamos la impresión de que la Escuela de Mecánica de la Armada, que estaba en el camino, no se uniría a nosotros. Dada la orden de que la tropa marchara sobre Buenos Aires, varios coroneles, y yo entre ellos, fuimos a la ciudad para evitar que el número 1 y el número 2 de Infantería se separaran y nos hicieran resistencia. Bien. Les convencimos. A los que no pudimos convencer fue a los de la Escuela de Mecánica de la Armada. Dirigimos la tropa hacia ellos, desplazamos las baterías pusimos los lanzabombas y les amenazamos: "Les decimos por última vez: ¿sí o no?". "No", respondieron. Lanzamos contra ellos la artillería y los morteros. Pero sólo una primera andanada. Paramos en seguida. "¿Sí o no?". "Sí". Fue muy sencillo. El presidente Castillo, al saberlo, se metió en un barquito de la Mariposa y se fue por el Río de la Plata. Las tropas que teníamos en la Avenida Colón llegamos corriendo a la Casa Rosada entramos. Los que allí estaba dijeron: "Bueno, señores". Y se fueron. ¡Facilísimo!

Entretanto, el general Rawson hizo su revolucioncita particular. Cuando las tropas de Campo de Mayo avanzaban, él se puso delante de ellas luciendo una capa de mosquetero como la de D'Artagnan. Él era un tipo de fuera, no tenía nada que ver, no sabía nada. Es lo que llamamos en Argentina "un colado". Vio la oportunidad y se dijo: "Esta es mi oportunidad, yo que soy general". Él hacía tiempo que andaba con ganas de hacer su revolución. Era, como el general Menéndez, un permanentemente revolucionario en disponibilidad. Total, que se instaló en la Casa del Gobierno. Y se autoproclamó presidente. Él que mandaba la revolución no era él, sino nosotros. La revolución la hicimos los coroneles. Y van y nos dicen que Rawson va a jurar como presidente el día 6 y que ya ha nombrado dos ministros. En el mando de la Primera División se empezaron a dejar caer los coroneles y a decirme: "Che, Perón... ¿qué es lo que pasa? ¿Dónde estaba ese loco acá con nosotros? ¿Quién le ha traído a ese? ¡Ah, esto no puede ser!". Y designaron a cinco coroneles para que le exigiríamos la renuncia, y si se resistía le tiráramos por la ventana. Creo que los designados fuimos: Mascetti (que era el más antiguo y respetábamos mucho su opinión), Anaya, Agüero, Freguero y yo. Muy bien: llegamos a la Casa del Gobierno, los cinco coroneles con el capote (trues hasta mucho frío) y todos con la pistola del 45 debajo del capote.

LA "RENUNCIA" DE RAWSON

"Queremos ver al general Rawson", dijimos. "¿Para qué?" "Bueno, ahora vamos a decirle a él para qué". Entramos en el despacho, cerramos la puerta y nos quedamos parados delante. Él, sentado en la mesa presidencial, nos miró. "¿Qué quieren ustedes?" "Hemos venido a que renuncie". Así se lo dijimos. "Pero, ¿cómo?" "Sí, señor, porque nos llama la atención que usted sea presidente". "Padito Ramírez me ha dicho que yo sea el presidente, respondió. (Él llamaba Padito al general Ramírez). "En cualquier caso -- añadió -- no to-

maré ninguna decisión hasta que no venga Padito". "Renuncie antes de que venga el general", insistimos. "¿Y si me niega?" "Si se niega, tenemos orden de tirarle por la ventana. Entonces el renunció. Firmó la renuncia. "Que le vaya bien", le dijimos. Y él se fue y nosotros nos quedamos en la Casa del Gobierno. ¡Era un colado! ¡Un tipo que se había metido de prepotente!

Una vez que lo renunciados, llegó Ramírez. "Usted se va a quedar". Y lo pusimos de presidente...

LOS PRIMEROS CARGOS

(Después, los acontecimientos se suceden. El general Ramírez nombra a Farrell ministro de la Guerra, y éste designa a Perón jefe de la secretaría de ese Ministerio. El 29 de octubre de 1944, Farrell sustituye al general Ramírez, y nombra a Perón, a petición de éste, secretario de Trabajo y Previsión Social. Es el cargo que le interesa. Después será vicepresidente y ministro de la Guerra...)

Cuando inicié el trabajo en la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, le dije al presidente Farrell: Vea, aquí se han producido muchas revoluciones de carácter político, pero ninguna de carácter social y el problema argentino no es político, sino social. El descontento de los trabajadores es el que produce todas las alteraciones de orden público y hay que conformarlos para evitar esos conflictos y esas revoluciones. Creo que hay que darle a esta revolución un contenido social, y la única manera es haciendo intervenir a las masas populares en la vida del país. Farrell comprendió y me contestó: "Vaya adelante, hágalo".

(Y Perón comienza su labor: estudia la politización de los gremios, institucionaliza el movimiento obrero deja que los sindicatos se organicen, que formen la Confederación General del Trabajo, y utiliza a todos...)

En política hay que hacerlo así -- dice --. Hay que utilizar a todos. No puede usted elegir solamente a los buenos, pues entonces sólo se queda con tres o cuatro elementos y con estos no se puede formar un movimiento político. Es como el que construye una casa. No se detiene a pensar que el ladrillo tiene tierra y barro. Con todos esos elementos hace una pared, la casa, después es un hogar y lo llena de valores internos. En política es igual y el que entra en la política debe construir con los materiales que posee, usando a éste para tal y a aquél para tal otro. Cada uno sirve para levantar el edificio. La habilidad, el arte de la política, reside en saber combinar todas las fuerzas.

Próximo capítulo:

DIMISION, ENCARCELAMIENTO Y VICTORIA PRESIDENCIAL.

Memorias de Juan Domingo Perón

Camino Hasta la Presidencia

- ★ "Evita me Atrajo por ser una Mujer Buena"
- ★ Confinamiento en la Isla de Martín García
- ★ Boda, Elecciones y Arribo al Pináculo

— II —

De la Agencia EFE,
exclusiva en México para EXCELSIOR

El sábado 15 de enero de 1944, un violentísimo terremoto —acaso el más catastrófico de la historia sísmica de América desde el que destruyó San Francisco en 1906— asoló la ciudad andina de San Juan, en la República Argentina.

El propio Juan Domingo Perón, al recordarlo, afirmaba:

—El terremoto fue muy grave, muy grave... Hubo más de ocho mil muertos y la mitad de la población sufrió heridas y mutilaciones. No quedó una casa en pie.

(El coronel Perón, como secretario de Trabajo y Previsión pidió una acción solidaria de todo el país en favor de los millares de familias damnificadas. Pidió la colaboración de comerciantes, industriales y artistas...).

Vinieron todos los grandes artistas argentinos. Ahí estaban Enrique Muiño, Irma Córdoba, Blanca Podestá... Eran como cincuenta personas.

Tenemos que hacer una gran colecta —les dije— y pido la colaboración de todos ustedes, que son personas conocidas por el público, que van a llamar la atención, para que salgan y recorran la ciudad pidiendo una contribución para hacerla llegar a esas pobres gentes en desgracia.

EVITA: NO ERA IGUAL
QUE LAS DEMÁS

Varios respondieron; unos decían que había que hacer una cosa; otros, que otra. Entonces, Eva tomó la palabra. Recuerdo que no estaba en primera fila; que llevaba un traje muy sencillo, que era muy delgada, que tenía el cabello rubio, y que iba con un sombrero chiquito, como se usaba en esa época. "Nada de festivales —respondió al que lo había propuesto—; vamos directamente a pedir, sin ofrecer nada. En este momento no hay que organizar un espectáculo, ni un té, ni nada de eso, que son cosas viejas, pasadas de moda. Vamos a la calle, a los lugares importantes, y pedimos a la gente: "Nuestros hermanos están en desgracia; vamos a ayudarles!". Tenemos que sacar dinero a los que tienen —comentó Evita—, porque a los que no lo tienen, no se lo podremos sacar".

Me gustó la forma de pensar y obrar de esta mujer. Me di cuenta que no era igual que las demás. Tenía algo muy superior a los otros por la forma de hablar y por las proposiciones que hizo. Era práctica y tenía ideas nue-

vas... "Bueno, muy bien —les dije yo entonces— ya que la iniciativa es de usted, organícelo!" Y así fue: ella lo organizó todo.

(Al estrecharse las manos, al mirarse a los ojos al despedirse, uno y otro ignoraban que se estaba cerrando un capítulo de la historia de su patria e iniciando uno nuevo. Y que en este nuevo capítulo ellos serían los primeros protagonistas).

Cuando conocí a Evita no me atrajo en ella la mujer hermosa —recuerda Perón—, sino la mujer buena. Cierto que ella reunía las dos cosas: belleza y bondad. Instintivamente me percaté de que para la obra social que yo proyectaba, la colaboración de una mujer de ese temple podría ser inapreciable.

COMIENZA A TRABAJAR
CONMIGO

Necesitaba preparar una mujer que fuera el **leader** femenino de mi movimiento político: una mujer capacitada, con cultura básica suficiente, dotes naturales de intuición, de dedicación y con sentimientos para encarar una labor de esta naturaleza.

Cuando concluyó su formidable labor en la colecta para los damnificados del terremoto, le dije a Evita:

—Bueno: ¿usted qué hace, en qué se ocupa?

Me respondió que tenía una compañía teatral. Entonces le pregunté:

—¿Por qué no se anima a trabajar con nosotros en la Secretaría de Trabajo? Repliqué que no podía dejar en la calle a los artistas y técnicos que dependían de ella. Pero insistí en que se tomara el tiempo necesario para solucionar ese problema. Pasados ocho días, vino y me dijo: "Estoy dispuesta a trabajar". Y así empezó nuestra colaboración.

Mis ideas político-sociales las adaptó Evita influyéndolas con su sentido femenino hasta el punto de crear en ellas un segundo "yo".

Evita, en estos primeros tiempos de trabajo conmigo en la Secretaría de Previsión, no se cuidaba mucho de su presencia ni aspiraba a pasar por una mujer elegante. Muchos de los dirigentes sindicales de aquel tiempo (tal vez el 75 por ciento) eran comunistas. Recuerda que una vez, casualmente, el representante del gremio bancario, que era comunista con el nombre socialista, como hay muchos, le faltó al respeto y ella lo echó a carterazos de su despacho. Los que estaban con Evita tiraron al comunista por la ventana. ¡Afortunadamente para él era una planta baja!...

Muchos han pensado que los conceptos de la doctrina del justicialismo se debieron a la ayuda de Evita. No. Ella fue una formidable impulsora de ideas que me eran propias...

DIMISION Y
ENCARCELAMIENTO

(El 9 de octubre de 1945, Juan Domingo Perón dimitió de todos sus cargos en el gobierno Farrell. ¿Por qué motivos? ¿Por táctica política, por desacuerdo con las directrices del gobierno, por ser invitado a que dimitiera, o tal vez por todas esas cosas juntas? No está clara la explicación que el propio Perón da, y que su relato, no obstante, se ofrecen indicios de interés... De ese relato son los siguientes testimonios que sintetizan parte de esa historia).

—Cuando se producen movimientos políticos como el nuestro —aclara Perón—, lo que ocurre es que hay gentes interesadas en mover la opinión en contra del que sobresale. En mi propio gabinete ni habían seguido con atención mi labor ni tenían un sentido social suficiente para apreciar el fenómeno de lo que ocurría. Yo había sobresalido dentro del Gobierno a consecuencia del viraje social que había dado la Revolución de 1943. Ello me atrajo, indudablemente, el apoyo de las masas, pero también la oposición de muchos de los que formaban parte del go-

bierno militar que no compartían mis ideas ni las entendían. Al fallarme el apoyo militar decidí retirarme. Yo sabía que el pueblo, las masas populares estaban conmigo y era ese apoyo el que me interesaba más que mis cargos en el gabinete.

Mi renuncia estuvo precedida de algunos incidentes que tuve con los oficiales y jefes de Campo de Mayo. "Si ustedes me han elegido ministro de la Guerra y me han impuesto como ministro, es para hacer ustedes lo que yo quiera, no para hacer yo lo que quieran ustedes".

Harto de todo fui a hablar con el general Farrell. Me retiraba. Y mi buen amigo alemán Rudi Freude, al tener conocimiento de que deseaba alejarme de Buenos Aires me ofreció su casa de verano "Ostende", ubicada en una de las islas del Tigre. Acepté. Preparé mis maletas y Evita las tuyas y nos fuimos a aquel lugar. Allí estuvimos tres días exclusivamente dedicados a nosotros. Los únicos tres días de verdadera vida en común, magníficos tres días de una verdadera luna de miel anticipada.

Nadie, salvo mi amigo Rudi Freude, sabía que estábamos allí, ni siquiera el Gobierno. Días más tarde, tuve conocimiento de que apenas se dio por radio la noticia de que yo había renunciado, Buenos Aires fue presa de una gran agitación popular: los gremios se agitaron, mis partidarios se indignaron, se proclamó una huelga general revolucionaria y todo el trabajo se paralizó.

Entonces, el Gobierno pensó que yo era el que promovía todas esas cosas. No era posible, pues yo no tenía desde aquella soledad contacto con nadie. Al cabo de cuatro días me localizaron y me enviaron al jefe de Policía, coronel Mittelbach, con orden de detenerme.

Este, no lo hizo. Comprendió que nada tenía que ver yo con lo que ocurría en las calles. Fui llamado a Buenos Aires por el presidente. Fui allá, a mi casa de la calle Posadas y esperé... Cuando vinieron a buscarme no fue para hablar con el general Farrell, sino para comunicarme de parte de éste que se había cursado contra mi orden de detención y confinamiento en la isla Martín García. De paso querían saber si yo me iba a resistir. ¿Cómo me iba a resistir si eso es lo que estaba esperando? "No pueden hacer una burrada más grande que esa —le dije a mi comunicante— porque si ahora, por mi renuncia, la gente se ha levantado, y ha hecho lo que hizo... ¡imagínese cuando se enteren que me han llevado preso a Martín García, la que se va a armar!"...

Sali de mi casa rumbo al puerto de Buenos Aires, donde me esperaba la cañonera que había de conducirme a la isla. Apenas llegué, los empleados de Correos se me presentaron para comunicarme

que estaban conmigo y que me transmitirían lo que quisiera.

Martín García es un presidio militar, en el que hay también presos comunes. En una casita de alrededor del presidio, para presos distinguidos, vivía yo. Tenía vistas, escribía un libro y escuchaba la radio, por la que ocurría en el país.

Entretanto, Evita desarrollaba una actividad intensísima en Buenos Aires. Durante los ocho días que estuve preso, organizó con los gremios la intervención de la masa obrera.

Finalmente, ante la intensidad de los clamores en favor mío y la unanimidad de la **vox populi**, me enviaron varios emisarios a la isla, de parte de Farrell. Este temía, al parecer, muy asustado, poder ser ahorcado en la plaza pública con todos sus ministros, ante la gravedad de la situación.

—Bueno, dígame a Farrell que por más que me encuen-

tro muy cómodo y muy bien aquí —contesté al emisario, doctor Mazza— no tengo inconveniente en tranquilizar al pueblo y deshacer los disparates que ustedes han hecho allá.

REGRESO A BUENOS AIRES

Regresé a Buenos Aires aquella misma noche. En una lancha mala. Tardamos ocho horas. Al llegar a la capital me trasladaron a una habitación en el quinto piso del Hospital Militar. Varios miles de personas se concentraron ante mi improvisada residencia, pidiendo mi liberación... Varios ministros vinieron a verme. Y nadie me comunicó si estaba detenido o en libertad. El susto que tenían no les permitía entrar en consideraciones formales. Por las visitas que me llegaban fui enterándome de que el pueblo airado había volcado tranvías, quemado automóviles y que la agitación crecía de hora en hora, pues seguían llegando gentes de la provincia y de otras partes amenazando quemar Buenos Aires.

A media tarde, el general Farrell me mandó llamar a la residencia presidencial, donde estuve reunido con Borlengui, el coronel Domingo Mercante y algunos dirigentes gremiales... Se decidió que nos trasladáramos todos a la Casa Rosada para tratar de hablar y calmar al pueblo.

EL MEJOR DISCURSO DE MI CARRERA POLITICA

Cuando llegué a la Casa Rosada, la Plaza de Mayo estaba



DE SU ESPOSA Eva Duarte dijo Perón: "No me atrajo en ella la mujer hermosa, sino la mujer buena".

(Foto EFE)

que ardía. Toda la insistencia del Presidente era que yo hablara a la gente. Le hablé primero el ministro de la Guerra, a quien insultaron y apedrearon. Después, el propio Farrell anunció que yo les iba a hablar. Confieso que al salir al balcón realmente me impresionó la multitud. "¿Dónde estuviste?", me preguntaban... Cuando hice un gesto con las manos para pedirles silencio, se levantó un clamor en toda la plaza. Yo no sabía qué decir... Gritó: "¡Muchachos, vamos a empezar por cantar el himno nacional!". Con esto gané diez minutos más o menos para armonizar algunas ideas y preparar el discurso. En momentos así parece que hay una fuerza exterior que le inspira a uno y, posiblemente, fue el mejor discurso que he pronunciado en toda mi carrera política.

Les dije que el Gobierno había prometido convocar a elecciones; que se entregaría el poder a quien las ganara; que no habría fraude en las mismas y que yo presentaría mi candidatura.

(Aquel día, en definitiva, puede decirse que fue el más grande de cuantos hasta entonces había vivido el general Perón. Evitó una catástrofe popular; salvó a sus antiguos compañeros de gabinete del riesgo personal que les amenazaba; abrió cauces a una solución constitucional de la revolución de 1943 y sentó los pilares de su propio pedestal político).

Cuando ese 17 de octubre, ese día del discurso, volví a mi casa —recordará Perón— Eva me recibió temblando y

lloró un largo rato, pero cinco minutos después del llanto nos pusimos a trabajar en el plan político. Nosotros no teníamos partido y ninguno creía que yo pudiera ser Presidente.

(Y surge la sorpresa: el embajador de Estados Unidos, Spruille Branden, se opone a Perón. No está dispuesto a tolerar que, muerto Hitler en Europa, un nuevo Hitler surciera en el cono sur del continente americano. Pero desarrolla, indirectamente, una campaña que termina beneficiando a Perón, y a su partido de Unión Democrática).

La campaña electoral —dice el protagonista del relato— consistía en lo que es usual: hacer una gira, preparar las organizaciones que han de controlar la elección, nombrar fiscales, en fin, todo ese trabajo que es engorroso y largo...

BODA CON EVITA Y TRIUNFO PRESIDENCIAL

Pasadas las elecciones pensamos en resolver nuestras cuestiones personales. Hasta entonces no habíamos tenido mucho tiempo en pensar en eso. Yo avisé al jefe del Registro Civil, un escribano amigo mío, y le mandé decir: "Un día de estos avisaremos para el casamiento".

Cuando todos los papeles estuvieron en regla me presenté con dos testigos: uno fue el coronel Mercante; el otro un amigo de Eva cuyo nombre no recuerdo. En diez

minutos nos casamos por lo civil. Veinte días después hicimos lo mismo en la iglesia de San Ponciano, en La Plata. Evita vestía un traje de calle; yo, de paisano. En cinco minutos terminó el problema. No tuvimos reunión con los amigos, ni hicimos una comida. El romance de nuestra luna de miel fue la política. Y empecé a preparar mis planes de gobierno...

(El 24 de febrero fue de fiesta cívica. Después de tres meses de ruidosas manifestaciones se entró en la calma de la urna... Y las elecciones resultaron favorables a Juan Domingo Perón. El embajador Branden, el norteamericano que quiso evitar a toda costa que llegara al poder, fue a la Casa Rosada a preguntarle a Perón si juzgaba "prudente" que permaneciera en Buenos Aires. "Aléjese sin vacilar, —le respondí—. En caso contrario nos obligará a embarcarlo por la fuerza... Salió bufando, sin despedirse de mí, y olvidando su sombrero y sus guantes. Quizá comprendió que mi consejo iba en serio. Y desapareció luego. El sabía que yo era capaz de largarlo en un bote remando en el río de La Plata...)

Próximo capítulo: NUREMBERG, LAS MUJERES Y ESPAÑA.

Memorias de un Personaje: Juan D. Perón

Nuremberg, Mujeres y España

- ★ Buen Negocio Asilar Científicos Alemanes
- ★ "A Evita le Gusta Escuchar Música de Chopin"
- ★ Respaldo a España en un Momento muy Crítico

— III —

De la Agencia EFE
Exclusiva en México para EXCELSIOR

MADRID.—Sube Perón al poder en una época en que el nazismo alemán y el fascismo italiano, vencidos en la Segunda Guerra Mundial, son ya residuos vergonzantes o nostálgicos de un pasado que parece lejano y frenético. Las masas levantan a Juan Domingo Perón en el momento en que en Europa se extingue el gobierno personal o de un partido único.

Su primera época de gobernante, dotado de poderes absolutos, que dimanaban del voto popular, coincide con dos hechos importantes: el proceso de Nuremberg (de 1945 a 1949) y la llegada a Argentina de muchedumbres de refugiados alemanes, muchos de ellos notorios, tráfugas del país derrotado, humillado y castigado.

Sobre todos estos temas he aquí las opiniones de Perón:

—En Nuremberg se estaba realizando entonces algo que yo veía como un juicio personal, juzgaba como una infamia y como una funesta lección para el futuro de la humanidad. Y no sólo yo, sino el pueblo argentino. Adquirí la certeza de que los argentinos también consideraban el proceso de Nuremberg como una infamia. Ahora estamos dándonos cuenta de que merecían haber perdido la guerra. ¡Cuántas veces durante mi gobierno pronuncié discursos a cargo de Nuremberg, que es la enormidad más grande que no perdonará la historia!

Y sobre los refugiados germanos en su país, dice:

—¿Qué mejor negocio para la República Argentina que traer a hombres de ciencia y técnicos. Lo que a nosotros nos costaba un pasaje de avión, a Alemania le había costado millones de marcos, invertidos en la formación de esos científicos y técnicos...

También amparó a las comunidades judías en Buenos Aires y acogió a un sin fin de judíos que escapaban de la Europa hitleriana. Y dice, desenfadamente:

—A uno le ponían rótulos de todo género, y era asunto que no me preocupaba. Unos me llamaban fascista y otros nazi y hasta me dijeron que era comunista y nazi, como si se pudiera ser nazi y comunista al mismo tiempo.

En Argentina funcionaban dos organizaciones judías: una el movimiento sionista internacional y otra la Daiya, que era la delegación para la Argentina de las organizaciones israelitas, una organización que dirigía la comunidad. Estaban en excelentes relaciones con mi Gobierno. No encontraron obstáculo alguno en su desenvolvimiento ciudadano. Nosotros no practicamos ninguna política racista. Al contrario. Antes de asumir yo el poder, se perpetraban toda clase de fechorías contra los judíos, tales como arrojarles alquitrán en las sinagogas. Había hostilidad manifiesta en algunos sectores del país. Al encargarme yo de la presidencia llamé a las personas caracterizadas de estos sectores, y les dije sencillamente: "Dejen ustedes en paz a los judíos. Si se les ha permitido la entrada en el país, y ellos tienen una conducta de buenos ciudadanos, no tenemos derecho a perseguirlos. Son ciudadanos como todos nosotros. Aquí no hay diferencias entre arios y judíos, sino entre hombres buenos y hombres malos."

EN LA INTIMIDAD

—¿Y cómo era el matrimonio Perón en la intimidad del hogar? ¿Qué les gustaba, cuáles eran sus aficiones, sus tendencias, sus caprichos...?

En estos pasajes de las memorias del general, pueden quedar revelados con cierta claridad y precisión...

Yo prefiero las películas de pistoleros y cowboys —dice Perón— de modo que el tipo de películas que ponían en nuestra residencia eran casi siempre de ese género. Me distraían de mis preocupaciones habituales.

Los fines de semana nos recluimos Eva y yo en San Vicente, en una finca aislada con un gran muro alrededor. La habíamos comprado porque era un lugar muy solitario. Ahí empezaba la pampa. El pueblo estaba como a unas diez cuadras. No teníamos con nosotros más que a un italiano que nos cuidaba la finca. Pero, cuando estábamos allí, no queríamos tener a nadie y era ella, Evita, quien hacía las camas; yo la ayudaba sobre todo en la cocina. Soy un buen cocinero. Hago unos buenos canelones y tallarines a la boloñesa o a la parmesana. Esto lo aprendí en los cuarteles...

A Evita le gustaba mucho la música, sobre todo la de Chopin y casi toda la música clásica española. De Chopin tenía todos los discos habidos y por haber. De Chopin lo compraba todo.

A mí me gustaba sobre todo el folclore argentino. La

música americana no me gusta, está dislocada, me crispa los nervios. Recuerdo que al llegar a nuestra casa de San Vicente si iba con los nervios de punta, no quería oír el rock and roll, sino algo muy distinto que me apaciguara los nervios.

Ni ella ni yo teníamos tiempo para ir a un concierto ni al teatro. Nuestros conciertos y nuestro teatro eran en ella

la política social y en mí las funciones de gobierno.

EL BAILE Y LAS MUJERES ALQUILADAS

También Perón habla de baile. De joven le gustaba mucho bailar. "El tango lo bailo muy bien", afirmaba. Llevado por los recuerdos de su juventud, confiesa sin tapujos:

—En la época en que nosotros éramos muchachos, no acostumbrábamos a ir a fiestas sociales ni se nos ocurría ir a una casa particular y hacerle el amor a una muchacha de familia. Nosotros a los bailes que íbamos era con mujeres alquiladas; con ellas bailábamos y hacíamos nuestras fiestas y a ellas era a quienes hacíamos el amor. Después vino la prohibición de esas casas y los jóvenes, en vez de buscar a mujeres alquiladas, lo que hacían eran prostituir a las hijas de familia. Cuando se prohibieron los prostibulos en Buenos Aires, se convirtieron en prostibulos las casas de familia. En mi generación éramos todos muy bailarines, y aprendimos en los cabarets, con mujeres vendidas.

Y sobre la bebida dice:

—Evita ni fumaba ni bebía. Sólo tomaba agua. Ni champagne, ni vino, ni alcohol de ninguna clase le he visto tomar. En lo primero no me parezco a ella. Yo fumo de todo, preferentemente negro. Y si no lo encontraba, lo que fuera. Me acuerdo de unos mentolados que eran para matar. Café también tomo mucho. Pero en el alcohol me parezco a Eva. Ni siquiera tomo vino en la mesa. Me acusaron de haber encontrado en la residencia presidencial una gran bodega. ¡Por eso la tenía! ¡Porque no la tomaba! ¡Si la llego a tomar no la tendría! Ahora, en los últimos años, el médico me ha mandado que tome whisky, que es bueno para la arterioesclerosis. Yo lo tomo como remedio, a cucharadas. Y al hacerlo me tapo la nariz, pues me sabe a veneno.

¡Pero si tenía afición a las mujeres. En las grabaciones

me

de sus cintas, cuenta algunos casos, algunos episodios amorosos...).

—Yo nunca he pensado que un hombre que busque a una mujer cometa un delito. Solamente a un Gobierno de maricones puede parecerle un defecto que al hombre le gusten las mujeres. A mí me gustan las mujeres y estoy muy contento de que me sigan gustando. Yo no he hecho nunca hipocresías. Jamás pude vivir sin una mujer. Yo siempre he necesitado a una mujer. Todas esas historias que armaron de chicas que yo protegía son pura hipocresía. A unas las protegía con, y a otras sin, pero yo no creo (y a mí nadie me va a convencer de eso) que sea inmoral que a un hombre le gusten las mujeres. Lo inmoral sería que le gustaran los hombres!

Y sobre el cariño hacia los caballos cuenta una anécdota graciosa:

—Viviendo en Italia me ofrecieron en un restaurante ricos bistecs de caballo. Contesté: nunca ofrezca usted a un argentino carne de caballo. Es como si le ofreciera carne humana: porque, nosotros, que nacemos en el campo, vivimos con el caballo, tenemos un amor tan grande a ese animal, que, para nosotros, comer carne suya sería como un acto de antropofagia.

Habla, asimismo, sobre los gustos de Evita:

—Evita era una mujer humilde y nunca compró una alhaja, pero tenía muchas. Se las habían regalado casi todas. Muchas, durante su viaje a España; muchas, también, la Confederación General del Trabajo; los obreros hacían suscripciones entre ellos y se las regalaban.

Se puede ser humilde corazón sin serlo de condición. Si ella hubiera sido una hipócrita, como hay muchas, o una avara, se las hubiera guardado o hubiera andado hecha una tramera, escondiendo las cosas que la gustaban. Si las joyas se las regalaban ¿por qué no las iba a poner? Al pueblo le gustaba verla así, y bien vestida. Le decían siempre: "Señora, póngase las alhajas...".

Evita era una mujer que había leído mucho sobre la vida de las grandes personalidades de la Historia. Sabía de memoria muchas sentencias de los griegos y de los lacedemonios, y en sus discursos hacía siempre alarde de sus conocimientos y su cultura.

De las flores, prefería las rosas. Siempre teníamos rosas. Las cuidaba ella personalmente.

SE ENFRENTA CON LA ONU

El doce de diciembre de 1946, la Asamblea General de la ONU, por 34 votos en favor, 8 en contra, 13 abstenciones y la ausencia de Irak, aprobó una resolución en virtud de la cual se "prohibía" al Gobierno de Franco "gobierno calificado de fascista" portarse en los mismos términos que los

dos por las Naciones Unidas o relacionados con ella, y participar en conferencias y otras actividades. La Asamblea recomendaba a todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas que retirasen inmediatamente los embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados en Madrid.

El relato del general Perón, acerca de este episodio, es revelador).

Ocupando yo la presidencia de la Argentina a principios de 1947, en los primeros tiempos de mi gobierno, nos pidieron los americanos del norte el voto para aplicar en las Naciones Unidas las sanciones a España. No me sorprendió. Semanas antes habían venido a mi despacho de la Casa Rosada el embajador de Estados Unidos, y al preguntarle yo qué planes estaban ya concertados con relación a España. Me dijo rotundamente: "A España le aplicaremos las mismas sanciones que a los demás países derrotados en la guerra y Franco tendrá que ir a Nuremberg, como han ido todos los criminales de guerra, pues él también lo es. Le repliqué: "Me gustaría saber si esa es una opinión particular de usted, señor embajador". Y me contestó: "No; es la opinión del presidente Truman".

Nosotros, argentinos, descendemos de españoles y en nuestra sangre hay algo de español que no debemos desdenar. Además, en la Argentina viven seis millones de españoles o de descendientes directos de españoles. ¿No podíamos dejar abandonada a España ahora que la querían bloquear!

Me informé de qué sanciones eran esas que serían propuestas en las Naciones Unidas para las que se nos pedía el voto y se me contestó que tres. Una el aislamiento diplomático; otra, el bloqueo económico; la tercera, la ocupación militar. Se me dijo que en el caso de que se lograra

la unanimidad de votantes para la primera sanción, o sea el aislamiento diplomático, se aplicarían las sanciones económicas, consistentes en un bloqueo total, y después, vendría la ocupación militar. Medité mucho el asunto, consulté con los ministros, lo estudiamos juntos a fondo y resolvimos finalmente que la Argentina no podía dar su voto al aislamiento diplomático, que era el primer paso hacia la beligerancia con España. Nos pareció a todos que era una monstruosidad que Argentina contribuyese con su voto a menoscabar los intereses de España. Envié un emisario para que se pusiese en contacto con el Generalísimo Franco. Llamé a los embajadores amigos y defendí esta proposición: "Ha llegado el momento de que toda Hispanoamérica haga causa común con la Madre Patria", y, en efecto, todos los gobiernos, se enteraron de que éstos no se inclinaban a contrariar los deseos de Norteamérica.

(Cuando en diciembre de 1946, la Secretaría General de la ONU dió normas para la retirada de embajadores de España, los únicos que se mantuvieron en Madrid fueron los representantes de la República Argentina, Portugal, Suiza y la Santa Sede).

Los únicos que en las Naciones Unidas votamos contra la propuesta —comenta Perón, cometiendo un error numérico que plantearon los Estados Unidos fuimos Trujillo y yo.

Muchas veces dije entonces a los americanos del Norte: "Llegará un momento en que se arrepentirán ustedes de lo que están haciendo con España, porque, en lo futuro, la necesitarán ustedes. Esto hoy no lo comprenden; carecen de visión; España les será necesaria".

"EVITA NO FUMABA ni bebía. Solo tomaba agua...", declaró el fallecido líder justicialista Juan Domingo Perón refiriéndose a su esposa. (EFE)



Argentina envió medio millón de toneladas de trigo porque en España la penuria era dramática, no había pan, se habían perdido dos cosechas, y el momento era angustioso. Creo sin hipérbolo que nosotros salvamos a España en aquella ocasión crítica porque si nosotros no hubiéramos enviado víveres probablemente las Naciones Unidas hubieran aplicado el bloqueo económico, el cual carecía de eficacia desde el momento en que la Argentina suministraba a los españoles carnes, pan, harina y trigo; materias primas que entonces eran de un valor inestimable porque producían divisas...

Cuando el embajador norteamericano me dijo: "Pero usted protege al tirano Franco", yo le respondí: "A mí no me importa tanto el general Franco como el pueblo español. No se equivoquen ustedes. Si Franco dirige los destinos de España, ello es cosa que concierne al pueblo y no a nosotros. Que cada pueblo tenga el gobierno que quiera. Yo no sé si Franco es o no un tirano. Sólo sé que es el gobernante que está al frente del pueblo español, y es asunto que concierne a los españoles, no a usted, ni a mí".

Próximo capítulo:

EL "BOGOTAZO": UNA CONJURA DE POLITICOS COLOMBIANOS

Memorias de un Personaje: Juan D. Perón

EXCELSIOR

El 'Bogotazo', Conjura Política

- ★ Frecuentes Incidentes con la Iglesia
- ★ "Nunca me Guíe por los Espiritistas"
- ★ "El Hombre es un Bicho Malo y Mentiroso"

— IV —

De la Agencia EFE, exclusiva en México para
EXCELSIOR

MADRID.—En la historia moderna de América, la del Norte lo mismo que la del Sur, e incluso en la historia europea y en los archivos policíacos, uno de los dramas más misteriosos es el que se produjo en la capital de Colombia en el mes de abril de 1948. En el mundo se conoce este trágico episodio con el nombre de "bogotazo".

Durante tres días estuvo la capital de Colombia dominada por unas hordas revolucionarias que, con la colaboración de muchos agentes de la policía, saquearon e incendiaron más de cinco mil tiendas y varios ministerios y organismos oficiales, así como algunas legaciones, consulados y embajadas...

La causa fue el asesinato del caudillo político Jorge Eliecer Gaitán, que era frente a las masas paupérrimas de Colombia lo que Perón había sido para los "descamisados" argentinos. Gaitán se situaba a la izquierda de Perón aunque no era comunista. Y se convirtió en el ídolo de los indios mestizos...

La versión más difundida del asesinato es que Gaitán murió a disparos de pistola realizados por el indio Juan Roa Sierra. Y éste fue linchado por la multitud. Se sabe, también, que este indio analfabeto había sido emborrachado y adoctrinado por cuatro comunistas cubanos, tres de los cuales se llamaban Fidel Castro, Alfredo Guevara (sin parentesco con el famoso "Che") y Rafael del Pino...

Perón, en una de sus cintas grabadas de sus memorias, da su opinión sobre el "bogotazo":

—Yo era amigo, muy amigo de Gaitán, y creo que todo el asunto de su asesinato fue el resultado de una conjura de los políticos colombianos, los cuales, viendo en él un peligro para sus ulteriores apetitos de poder, urdieron y realizaron el asesinato, achacando luego la culpa a los comunistas y éstos a su vez a los norteamericanos.

Los políticos querían eliminarlo porque Gaitán era el hombre que iba a ganar las elecciones próximas, con lo cual se desharían de los dos tradicionales y contrapuestos partidos conservadores y liberales. Gaitán se proponía crear en Colombia un movimiento semejante al que yo promoví en la República Argentina. Era amigo nuestro, y tenía nuestras ideas. Fue asesinado porque quisieron liberarse de él, y el pueblo, frenético y soliviantado por su muerte, se echó a la calle y quemó y destruyó la ciudad. El representante americano, mister Marshall, estuvo todo el tiempo escondido, porque tam-

bién el pueblo le culpaba de la muerte de Gaitán. Lo cual no era cierto.

LAS CONVERSACIONES PRIVADAS Y EL "TEMA IGLESIA"

(De la vida familiar del matrimonio Perón, de sus charlas, de sus opiniones, hay bastantes pasajes de interés relacionados con el tema de sus relaciones con la Iglesia).

Yo me levantaba a las cinco, me bañaba, hacía mi aseo; salía a las seis, pasaba una pequeña revista en coche a un sector de la ciudad e iba a la Casa de Gobierno donde llegaba a las seis y veinte. Desde esta hora hasta las siete firmaba y a partir de las siete recibía a los ministros y a la gente. A las doce me iba a comer, dormía la siesta hasta las cuatro, y volvía a la Casa de Gobierno donde permanecía hasta las ocho, nueve o diez de la noche, hora en que regresaba a la residencia presidencial.

En la casa no teníamos más que un cocinero, dos mozos para el servicio de comedor, un valet para mí y una mucama para Evita.

Los días de fiesta comíamos juntos. Evita me contaba lo que había hecho y me preguntaba por lo que había hecho yo. Su viaje por Europa fue motivo de muchas conversaciones. "Francia —me dijo— se está organizando en el mayor desorden, e Inglaterra se está disgregando en el mayor orden". "España, ¿qué te pareció?", le pregunté. "¡Ah, qué lindos palacios, qué maravillas! Se podrían hacer con ellos magníficos hospitales para atender a los españoles pobres que mueren sin asistencia".

Los frecuentes incidentes con la Iglesia eran motivo —¿cómo no?— de continuos comentarios entre Eva y yo.

Yo soy católico, pero no soy clerical. Creo en la Doctrina: en la palabra de Cristo. Pero no en los ritos, porque los ritos los han hecho los hombres. Eva pensaba exactamente lo mismo. Eva no se confesaba a con nadie. Decía que se confesaba directamente con Dios. Nosotros, que combatíamos a todos los intermediarios (económicos, políticos, gremiales...) tampoco queríamos intermediarios en lo religioso. Eva rezaba todos los días, pero lo hacía directamente con Dios. "Entre Dios y yo no quiero intermediarios", decía.

Yo siempre he pensado lo mismo. Yo soy católico puro en ese sentido. Creo que un acto de la Doctrina vale más que todos los ritos que se hacen. Y Eva Perón, en un día de trabajo, hizo más por los pobres y por la Doctrina cristiana que todos los curas de la República Argentina en toda su vida. Por eso, después de muerta, los argentinos le pren-

dan velas a ella, y a los curas nadie les prende velas. ¡Ni ellos mismos se las prenden! Yo no soy contrario a la Iglesia. Absolutamente, no soy contrario. Pero sí lo soy a que se la tome como medio para otros fines que no sean los de la Iglesia.

Una de las leyes más justas de mi gobierno fue la que acabó con la discriminación existente entre hijos naturales e hijos legítimos. Cuando se comete adulterio, ¿la culpa es del padre o del hijo? No hay hijos adulterinos, lo que hay es padres adulterinos.

El legislador peronista votó una ley estableciendo que el hombre que tuviera un hijo era igualmente responsable hacia él, hubiera nacido o no de matrimonio legítimo. ¿Quién podía oponerse a una ley semejante? No creo que se haya hecho una ley más justa que esa.

A pesar de ello, muchos sacerdotes se lanzaron a una abierta campaña opositora, pero no era esta la verdadera causa, sino el pretexto. A los curas, ¿qué carajo les importa es? Lo hacían por política. Porque estaban metidos en política y trabajaban políticamente contra mí. Eran lo que en buen romance se llama unos bolidos. Los curas Tato y Novoa eran los promotores de esta campaña contra la ley.

(Sobre distintos escándalos y algunos incidentes y dichos que Perón considera calumnias, el general se extiende en consideraciones... Veamos algunos de sus comentarios).

Dijeron que yo dirigía al gobierno, guiándome del Consejo de Espiritistas. Ganas de hablar de los que no tienen otra cosa que hacer. Murmuraciones pequeñas de gentes pequeñas. Lo que ocurrió es que una vez unos amigos me pidieron que recibiera a un espiritista brasileño. Le recibí como recibía a tanta gente. Este señor tenía un nombre artístico. Creo que era Anael.

(El dato puede resultar sorprendente y significativo. José López Rega, que fue secretario privado del general Perón de 1963 a 1974, ha sido acusado de practicar el esoterismo y estar relacionado con la "Logia Anael", de carácter espiritista y con sede en Brasil).

Este Anael era un tipo simpático —prosigue Perón— y me cayó bien.

Yo lo recibí por razones políticas, porque en aquella fecha muchos de los que estaban en el gobierno brasileño eran espiritistas como él. Además, en estas cosas extrahumanas, yo ya tengo un poco de años, y la experiencia suficiente para no negar nada ni afirmar nada. No digo que sea mentira, ni que sea verdad.

Este brasileño no era un charlatán. Era un hombre bien. Un tipo curioso. Yo ha-

blé con él antes de que entrara en trance. Me pareció un hombre de cultura media, sin ninguna particularidad especial. Pero cuando entraba en trance, haciendo una gran concentración, como en el voga, se volvía en algo extraordinario.

Me dijo que yo debía tomar la dirección de toda América. Que había mucha gente en otros países que eran partidarios míos. Me hizo algunas predicciones y muchas de las cosas que dijo, sucedieron. Posiblemente era un gran intuitivo. Pero no era una cosa para reírse, ni mucho menos. No me pidió dinero. Era un hombre serio. Pero de ahí a que yo me guiara en mi gobierno de sus consejos, va un abismo. ¡Qué esperanza! Nunca más le volví a ver...

LOS "ROMANCES" INVENTADOS

—Cuando dijeron que me casé con Evita y la llamé "negra"? Si era más blanca que la leche y yo no era corto de vista, ¿cómo la iba a llamar "negra"? Esto se publicó no sé dónde. ¿Y cuándo dijeron que en Chile, donde fui agregado militar tres años, me echaron por espía? Al que echaron por espía fue a Leonard, el que me reemplazó. Si yo hubiera sido espía, el gobierno chileno no me hubiera condecorado. Y lo hizo con la Gran Cruz del Mérito de O'Higgins; y el Collar.

Me inventaron dos romances, también. Y ambos son falsos. Uno con la tenista María de Vargas, que era una señora muy bien y de una familia muy bien en todos los sentidos. Era una pobre muchacha, a la que no dejaban surgir como tenista. Y nosotros la ayudamos para que fuera a Inglaterra a participar en los Campeonatos de Wimbledon. Más tarde, cuando murió su marido, como estaba en mala situación económica, nosotros la ayudamos como buenos amigos. De manera que todo lo que dijeron es mentira. La mujer no tuvo nada que ver conmigo. Son cosas que inventa la gente con fines denigratorios.

Lo mismo digo de Blanca Luz Brun. Era una gran peronista. Trabajó mucho para mí. Y hasta escribió un libro en defensa mía. Pero yo la he visto sólo una vez en mi vida. Ella colocó unos letreros en un banco, la fui a saludar, y me pidió una foto de diente. No la volví a ver más, a pesar de que me escribe siempre desde Chile, donde está.

MI CUÑADO Y SU TRISTE FINAL

Juan Duarte era un muchacho muy bueno, hermano de Evita, que trabajó siempre con nosotros, pues yo le llevé como secretario privado para la presidencia desde el primer momento. Antes de colocarse conmigo era corredor de comercio y se ganaba la vida vendiendo distintas mercaderías por todas partes. El mu-



"EVA PERON, en un día de trabajo, hizo más por los pobres y por la doctrina cristiana, que todos los curas de Argentina en toda su vida", dijo Perón en torno a los escándalos y calumnias de que fueron objeto él y su mujer. (EFE)

chacho no tenía una gran preparación, pero sí un gran corazón. Le gustaba mucho la farra, cosa que a mí no me importaba, con tal de que cumpliera con su deber dentro de cargo que tenía.

Le calumniaron mucho. Empezaron a decir que tenía varias estancias, que se había comprado un castillo en Suiza y no sé cuántas cosas más. Mentira. Todo mentira. Juan Duarte lo único que tenía era el sueldo de secretario y no poseía ningún bien. Cuando empezaron a arrear los ataques contra él, le llamé y le dije:

—Juancito, le están calumniando, están diciendo esto y esto de usted. Hágase un viajecito, estese tranquilo, pásele cuatro o cinco meses por ahí para que la gente se olvide de usted.

Fui yo quien le dio dinero para los gastos. Se fue con Cámpora y cuando regresó tenía menos plata que cuando se fue. ¿Que se compró un castillo en Suiza? ¿Qué se iba a comprar! No tenía con qué comprar! Murió Juan, ¿y dónde está la riqueza? Porque cuando un individuo muere, la riqueza, si es que la hay, tiene que salir a relucir en el testamentaria. Cuando él murió no hubo ni siquiera testamento porque no tenía nada salvo su sueldo, no más, y unos pesos que ahorró.

Yo sabía que los que más hablaban contra él eran los militares, y entre los militares, el general Bengoa, que era un charlatán. Por dejar las cosas claras, le nombré a él, por decreto, para que fuera el investigador sobre lo que se decía de Juan, mi secretario. Y no vio nada. No descubrió nada.

Juancito era un chico muy sensible y, por otra parte, había pasado una sífilis en sus noches de farra y estaba ya en los comienzos de una ataxia locomotriz. El descubrió su enfermedad cuando estaba en segundo grado, le

estaba atacando al cerebro y tenía dificultades para caminar. Todo esto, y las calumnias y la gran impresión de la muerte de Evita, fue combinándose hasta producirle una gran depresión.

Cuando terminó la investigación, me dijo que no quería volver a la secretaría para no ser objeto de otra infamia. Cenaba conmigo en la residencia muchas noches y a veces me decía:

—Tengo ganas hasta de pegarme un tiro.

—Pero ¿cómo vas a hacer eso? Las cosas pasan.

Una noche en que cenó tranquilamente conmigo se fue a su casa y se pegó un tiro en la cabeza. No me enteré hasta que a la mañana siguiente llegué a la residencia. El médico me dijo que el muchacho estaba ya bajo una gran depresión: se tomó un somnífero, se le anuló el subconsciente y se mató.

Dejó una carta dirigida a mí en la que me explicaba sus razones. Le habían infamado de tal manera que no podía seguir.

También a mí me infamaron antes y después de la revolución. Decían que yo tenía un teléfono de oro. No era un teléfono, sino un micrófono chiquito que me regalaban con motivo de una convención que se hizo en Argentina de speakers internacionales. Yo la inauguré, hablé en el acto, y me regalaron aquel pequeño micrófono de oro. Lo que indica la ignorancia de los calumniadores...

Al final, uno llega a esta conclusión: el hombre es un bicho malo y mentiroso.

Próximo capítulo:
ASI MURIO EVITA, Y ASI ME DERROCARON.

Memorias de un Personaje: Juan Domingo Perón

El Exilio: Paraguay, Panamá y Venezuela

- ★ "Stroessner Envío un Hidroavión Para Llevarme Hasta su País"
- ★ Profanación y Robo del Cadáver de Evita, en las Guayanas Holandesas
- ★ Encuentro con María Estela o Isabelita Martínez, su Próxima Esposa

—VI—

De la Agencia EFE, exclusiva en México para EXCELSIOR

(Prosigue Perón, en este capítulo narrando su exilio hacia el Paraguay, tras haber dejado su residencia en Buenos Aires, y llegar a la embarcación a la que le condujo Juan Chávez).

Entré en la cañonera acompañado del embajador de Paraguay, doctor Chávez. Las fuerzas del buque me rindieron honores como general que soy del Ejército paraguayo, distinción que me concedió el Presidente Stroessner, cuando les devolví los trofeos de la guerra canallasca de 1865 (Guerra que no nos hace mucho honor a argentinos, brasileños y uruguayos).

El capitán de la cañonera me cedió su camarote, pero carecíamos de combustible. No podíamos zarpar. Como no podíamos salir por esa razón, y la Marina argentina no nos proporcionaba combustible, el Presidente Stroessner, me envió un hidroavión de tipo "Catalina" para recogerme. La cañonera se separó del muelle hasta la rada. Desde allí, en un bote, me trasladé al hidroavión acompañado por el ministro de Asuntos Exteriores, Mario Amadeo, quien me dio toda clase de garantías para poder salir.

El embajador Chávez vino conmigo hasta Asunción. Ya en cielos paraguayos el propio general Stroessner salió al encuentro del "Catalina", que conducía yo. El pilotaba su avión particular y me guió hasta el aeropuerto, donde me esperaban el ministro del Interior y el presidente de la Junta de Gobierno de la Asociación Nacional Republicana.

En Asunción me tenían preparada la casa de Gallois, un argentino que vive en el Paraguay, excelente persona.

Estando allí me di cuenta de que desde la Argentina los bloqueaban, los cerraban, sobre todo a Stroessner, a quien se negaron los argentinos a mandar nafta y trigo. Mi vida se hacía imposible por la presión y las asechanzas que procedían de la política argentina. Estaba ya en marcha el plan "Coy" (que consistía en enviar al Paraguay bandas de informadores y de gente armada cuyo fin era asesinar al presidente expatriado). Y quise marcharme, para no ser obstáculo para Paraguay.

"Usted no se puede ir" — me dijeron—. Aquí no está en juego sólo eso. Nosotros comeremos mandioca, si es preciso, pero no podemos doblegarnos; está en juego la soberanía

Paraguay". Entonces me quedé un poco más; me fui a Villa Rica y estuve allí un mes, al cabo del cual le dije a Stroessner: "Ya pasó todo; me voy". Me puso un avión a mi disposición, su avión personal, y me marché a Río de Janeiro.

PROFANACION Y ROBO DEL CADAVER DE EVITA

Antes de partir, en Paraguay, recibí noticias de Argentina: todo lo que Evita dejó a los pobres lo robaron. Todo estaba depositado en una caja fuerte que tenía yo en Teodoro García, guardado en tres cofres grandes. Cuando se produjo la revolución, el gobierno mandó llevar sopletes; rompieron la caja fuerte, saquearon los cofres y empezaron a robar todo.

El cadáver de Evita permaneció en la Confederación de Trabajo hasta la revolución, en que profanaron el sepulcro y robaron el cadáver. Fueron unos militares con un tanque, echaron abajo la estatua de Evita, forzaron la entrada, entre varios jefes y oficiales; uno de ellos era Moorikoenig, jefe del Servicio de Información del Ejército. Todos eran bendidos. También los curas participaron en la profanación.

Llegué a Río de Janeiro acompañado por funcionarios de la mayor confianza del presidente paraguayo. Tomamos tierra muy tarde, de noche cerrada. Estaba yo durmiendo, con aquel calor terrible que hace en el Brasil, casi desnudo, y a eso de la una de la madrugada se me presentó el jefe de la guarnición aérea de Río de Janeiro, que quería llevarme a dormir a un chalet que me habían preparado. Le dije sencillamente: "Muchas gracias, mi general, se lo agradezco muchísimo; son ustedes muy amables; pero recíbrle en calzoncillos, como vamos a salir mañana muy temprano, yo prefero quedarme aquí".

De madrugada salí hasta São Salvador, o sea hasta la capital de Bahía, y allí cargamos nafta y continuamos el viaje a la mañana siguiente hasta Amapá, que está junto a la misma orilla del río Amazonas. Quisimos tomar nafta de nuevo, pero no había y tuvimos que esperar veinticuatro horas antes de proseguir viaje a las Guayanas Holandesas.

EN GUAYANAS Y VENEZUELA

Allí, en las Guayanas, nos trataron muy bien. Eran muy buena gente, especialmente los negros, es decir los que no eran holandeses. Todos los morochos que había allí eran peronistas, pero los holandeses eran híbridos, como todos los holandeses. Allí esta a en aquel momento el príncipe Bernardo, a quien mandé un saludo, diciéndole que me gustaría verle. Ni siquiera me contestó, con lo cual dejé bien sentado que era un príncipe "con-suerte", más que "con-sorte". Pero este hombre tenía obligaciones conmigo. Cuando fue a la Argentina, representando los intereses de la Philips, yo le traté con todos los honores dignos de su categoría. Esperaba que fuese un caballero por su condición de alemán, pero vi que no merecía ni siquiera ser alemán. Yo le había regalado en la Argentina un caballo y otras cosas. Antes de aterrizar en las Guayanas le había dirigido un telegrama, al que tampoco contestó, y me dije que sería todo lo príncipe alemán que se quisiera, pero que en Alemania no figuraba ni en la heráldica. ¿Quién es el príncipe Bernardo? ¡Una basura, como decimos nosotros!

Seguí viaje a Venezuela. Era entonces presidente de aquella República Marcos Pérez Jiménez. Me esperaba en el aeropuerto Pedro Estrada, que era el jefe de la Seguridad Nacional; el cual me dio una cordial bienvenida. Me llevaron al hotel Tamanacony, todos me pedían que me quedase porque en Panamá, a donde yo me dirigía, el calor era casi mortífero. Pero yo estaba invitado por el presidente de Nicaragua y, tenía que cumplir... Yo soy un hombre de palabra. Y le he prometido a Tacho Somoza —les dije— que iba a verle a Managua, devolviéndole la visita que él me había hecho a Buenos Aires.

ME QUEDO EN PANAMA

En realidad, en Caracas no estuve entonces más que un día, y no vi a Pérez Jiménez. Volamos hasta Panamá pensando que nos iríamos al día siguiente a Nicaragua. En Panamá yo tenía muchos amigos, y todos me estaban esperando en el aeropuerto, tres ministros entre ellos. Luego fue a visitarme al hotel el ministro de Hacienda, que había estado en Buenos Aires. Se había propago el infundio de que yo tenía 700 millones de dólares

y pensaba que podría sacarme ciento o doscientos. Es un país que no me gusta: vive de la prostitución, del juego y de los marineros que allí van a emborracharse.

Todos los panameños repetían: "No se le ocurra ir a Nicaragua!". El ministro de Hacienda me aseguraba que los curas de Nicaragua le habían planteado a Tacho Somoza, el presidente, una cuestión como de protesta porque yo iba a Nicaragua. Tacho, el presidente, contestó con un decreto prohibiendo que se hablase de mí, porque él era muy amigo mío, pero viendo que yo iba a producir trastornos a su gestión, y como el presidente Arnulfo Arias, de Panamá, que también creía que yo era dueño de 700 millones de dólares, me llamó para que me quedara, decidí blandamente quedarme y mandar a Somoza un telegrama diciéndole que no quería producirle trastornos con mi visita.

(Pero asegura que su colaborador Renner juntó en Buenos Aires todo el dinero que tenía y se lo mandó al barco, antes del viaje en avión al Paraguay; ese dinero era 1.800.000 pesos, que los cambió en dólares, y que hicieron... 50.000 dólares, al cambio de entonces).

Estando viviendo en Colón, en el hotel americano Washington, un día se me presentó el gerente del hotel y me dijo: "Señor, discúlpeme, tengo algo muy desagradable que decirle, y es que el comandante general del Canal me ha mandado un funcionario para decirme que usted no puede seguir en el hotel porque este es un hotel americano. Vergüenza me da decirselo porque esto es sencillamente una infamia con un cliente que paga y que tiene derecho a vivir aquí. Preparé mis trastos, alquilé una casita, y me mudé no lejos del hotel.

ENCUENTRO CON MARIA ESTELA MARTINEZ

(Los autores y recopiladores de estas memorias del presidente argentino narran, por su parte, y en los textos correspondientes a dicha época, el encuentro Perón-María Estela Martínez —o Isabelita, como la llamaba y se hacia llamar— entonces—. Transcribimos, literalmente lo que han escrito sobre ese primer conocimiento de ambos personajes):

"En el hotel Washington de Ciudad Colón conoció el ex presidente a Isabelita o María Estela Martínez, que pertenecía a un grupo folklórico fi

medios periodísticos, redactado con datos oficiales, señala que el Ejército Revolucionario del Pueblo perdió a 1.800 de sus miembros, entre muertos, detenidos, desertores o personas que abandonaron el país. Ello significa el 90 por ciento de los efectivos de combate y propaganda del ERP.

Asimismo, prácticamente todo el parque de guerra de este grupo cayó en manos del ejército argentino durante 1976. En las montañas de Tucumán, por ejemplo, la quinta brigada de Infantería incautó el año pasado 650 armas largas (fusiles, escopetas, metralletas), 25 morteros, 350 pistolas, 150 kilogramos de material explosivo y gran cantidad de municiones.

Los "Montoneros", a su vez, han perdido cerca del 80 por ciento de sus efectivos de combate, estimados en dos mil hombres. Aunque este cálculo pueda ser exagerado, el hecho de que dos de los principales cabecillas "Montoneros" cayeran en manos de las fuerzas armadas, revela que la estructura de la organización guerrillera fue afectada seriamente.

El primer día del año 1976, Roberto Quieto —el segundo jefe "montonero" fue apresado en una playa del río de La Plata. En noviembre, fue muerta Norma Esther Arrostito, integrante de un reducido grupo de nueve jóvenes que, en 1970, secuestraron y asesinaron al ex Presidente argentino, Pedro Eugenio Aramburu.

ESCASEAN LOS NUEVOS RECLUTAS

Son infimos, casi nulos, los reclutamientos de nuevos combatientes, con vistas a reponer las bajas. El mismo informe señala que los canales de reclutamiento de "Montoneros" se han visto cerrados en "forma total" en las fábricas y en casi un 90 por ciento en las universidades, principal sostén de la antigua guerrilla peronista.

Asimismo, otras pequeñas organizaciones guerrilleras, como el "ERP 22 de Agosto", el "Poder Obrero" y dos grupos nacidos en el seno del peronismo —"Fuerzas Armadas Revolucionarias" y "Fuerzas Armadas Peronistas"— han perdido alrededor de 750 miembros. Ellos significan, prácticamente, la totalidad de sus cuadros, entre muertos, presos y "desertores".

Muchos guerrilleros, quizás algunas decenas, están entre los 301 muertos que las estadísticas computan como dirigentes obreros, estudiantes, profesionales, por lo general todos activistas políticos muertos por grupos de extrema derecha.

A lo largo de 1976, fueron 1.503 los muertos a causa de la violencia política en Argentina. Entre ellos, dos generales: uno el ex Presidente de Bolivia, Juan José Torres, asesinado por un grupo de extrema derecha de nacionalidad dudosa: el otro, el ex jefe de la policía federal argentina, Casáreo Cardoso, muerto mientras dormía, cuando estalló bajo su cama una bomba que fue dejada por una terrorista "montonera".

Los militares muertos son 42, los policías 109, los empresarios 29. La macabra estadística se completa con los muertos accidentales, por balas perdidas en los tiroteos entre la policía y los extremistas de izquierda: llegan a 38, entre ellos tres niños.

EXCELSIOR

Liberaron al Periodista Bach

Secuestran en Mendoza a un Teólogo Argentino

BUENOS AIRES, 2 de enero (AFP, PL, EFE y AP)— La Iglesia Evangélica Metodista Argentina denunció hoy el secuestro, en Mendoza, de un profesor de teología que había participado en entidades de defensa de los derechos humanos.

La denuncia firmada por el obispo Carlos Gattinoni cuenta que el profesor Mauricio Amilcar López fue secuestrado ayer por un grupo armado supuestamente derechista, compuesto de nueve hombres encapuchados, que lo sacaron de su domicilio. López había sido decano de la Facultad de Filosofía en la ciudad de Mendoza y actualmente se desempeñaba como profesor en el Instituto Superior Evangélico.

Entre tanto, prosiguen las protestas de distintas organizaciones laborales del mundo por el secuestro del dirigente farmacéutico Jorge Di

Pasquale, quien desapareció el 29 de diciembre último.

A su vez, recuperó hoy la libertad —tras ocho días de detención por orden del ministerio del Interior— el periodista Ricardo Bach Cano, director del diario "Prensa Libre".

En el editorial de hoy, el diario relata la detención y posterior liberación de Bach Cano y afirma que "hemos recuperado la libertad de la que nos vimos privados por orden del ministro del Interior, no habiéndonos dado en dicho lapso ninguna explicación sobre la causa de nuestra detención".

Agrega el periodista que en momentos de ser puesto en libertad, un militar le dijo en nombre del ministro Albano Harguindeguy que el gobierno no admite nada que propugne la división de las fuerzas armadas y que no debe confundirse libertad de prensa con libertinaje.

Por otra parte, el diario "La Voz del Interior", de la provincia de Córdoba, publica una entrevista al general Benjamín Menéndez, considerado el líder del ala más derechista de los cuadros militares.

Menéndez afirmó que "las fuerzas armadas están luchando para allanar el camino a la vigencia plena y auténtica de las instituciones democráticas, que rijan los destinos argentinos en un régimen de libertad".

El tenor de estas declaraciones fueron interpretadas por los observadores como un cierto acuerdo entre las dos supuestas líneas militares: la que propugna un gobierno militar indefinido y la que sostiene un retorno parcial a la democracia, aunque sin fijar término.

Menéndez consideró que "la subversión, no obstante haber sufrido pérdidas de importancia en la lucha armada, no está ni estará neutralizada hasta que se aniquile al último de sus militantes, que actúen en cualquiera de sus dos formas de accionar: la insurrección o la de masas y la armada".

En tal sentido, exhortó a todos los trabajadores para que "señalen a esos agitadores subversivos y las fuerzas legales los extraigan del cuerpo social".